

María Zambrano, el exilio y la lucidez

En la necesaria y justificada brevedad de esta intervención renuncio de entrada a enunciar los temas que suscita un pensamiento como el de María Zambrano, ni siquiera pretendo esbozar un perfil.

Me contentaré con proponer alguna de las imágenes conceptuales que podrían intervenir en la composición de un retrato intelectual de María Zambrano, imágenes o figuras que podrían también orientar la lectura de su discurso.

Bajo las ideas del *exilio* y de la *lucidez* quiero evocar lo oscuro y lo luminoso, lo sombrío y lo claro, en una palabra, el *claroscuro* de un texto como el de María Zambrano. Un texto a un tiempo intrincado y transparente, como esos claros del bosque que escapan al que los busca y que sólo se ofrecen, como un don, al que los espera sin impaciencia.

Bajo la figura del *exilio* señalaría y descifraría en el texto de Zambrano la separación del estar, la distancia del pensar, el solipsismo quizás y la soledad ante lo otro (y ante el otro), la reserva ante el lenguaje, la búsqueda obstinada de una palabra fuera o antes del decir.

Lucidez, por el contrario, dice claridad, despertar, abertura, visión, nacimiento, revelación. Arribada sin caminos, sin método, por puro contacto, a través del «sentir iluminante».

El *exilio* es la posición de un pensamiento para el que el sujeto hablante sólo pueda «hablar de sí mismo» y «apuntando hacia el sí mismo» (*Delirio*, 279). Este sujeto que sólo habla de sí se condena, pues, al exilio interior, al silencio, a la quietud, a la suspensión no sólo de la palabra que habla sino también de la palabra que interroga: «Quedar en suspenso la palabra, el discurso que cesa...» «Suspender la pregunta que creemos constitutiva de lo humano»... «Dejar que la mente conciba silenciosamente» (*Claros*, 17).

No preguntar, no interrogar: un saber *pasivo* que espera la claridad que no aparece siempre que se la busca por los caminos trillados (el método), un saber, como el claro del bosque, que se presenta de improviso, repentinamente, inopinadamente.

Exilio es, por eso, *silencio*. Un silencio sonoro y claro. Como dice Ullán, en María Zambrano «el silencio es al corazón lo que el claro es al bosque». Sólo así el *exilio* deviene *lucidez*: «Sentir iluminante... conocimiento inmediato, sin mediación». «Diálogo silencioso del alma consigo misma» que «busca aún ser palabra, la palabra única, la palabra indecible, la palabra liberada del lenguaje» (*Claros*, 58).

El exilio del pensar es entonces *diálogo* sin palabras, diálogo en silencio, mudo, que busca la palabra que no puede ser dicha porque está antes o más allá del lenguaje que la oprime:

La palabra más alta es aquella que no puede ser usada ni utilizada; la que es consumida quedándose intacta. La que lleva en su canto el silencio y que al ser recibida crea soledad y comunicación (*España*, 206).

«La palabra que lleva en su canto el silencio» es, como Zambrano parece describir, el discurso de la filosofía alimentada en el poema. Si poema es «canto y palabra», se diría que la palabra «que lleva en su canto el silencio» sería la palabra más alta, esa que busca el filósofo-poeta, la palabra indecible, la palabra liberada del lenguaje, la palabra única.

Exilio es también la figura de la intimidad cerrada que se dice en María Zambrano como *morada*:

Todo lo que el hombre tiene por propio es morada y cárcel, dominio y encierro a la vez. Todo organismo vivo persigue poseer un vacío, un hueco dentro de sí, ...un hueco, conquista suprema de la vida (*Claros*, 73).

El exilio (el solipsismo, quizá) es siempre la *desposesión*, la *ascesis*. No es la incomunicación ni el aislamiento. El exilio en María Zambrano es «el ser de una interioridad», de una morada. Una interioridad que precisa del silencio, de la suspensión del lenguaje: «El silencio revela al corazón en su ser» (*Claros*, 73).

¿Y los *otros*? Los otros son nuestro prójimo por la palabra pero ello «se sabe y se siente mejor que nunca cuando con ellos compartimos el pan, el suyo o el propio, que así se hace nuestro» (*España*, 202). Un pensamiento no dialógico, un pensamiento del silencio y de la reserva es, sin embargo, un pensamiento solidario:

Como la palabra, el pan alcanza la plenitud de su ser, dándose, porque ese pan es también palabra (*Claros*, 202-203).

El exilio del pensar no es altivez ni desprecio. Es silencio solidario que nos invita a compartir el pan mejor que la palabra. Si para Ortega, como recuerda María Zambrano, «vivir es convivir», la muerte es «la ausencia de la posibilidad de comunicarse». «Cuando a nadie le podemos contar nuestra historia», es la muerte (*Delirio*, 16).

¿Cómo salir del exilio? Se diría que para María Zambrano es terrible salir, es terrible *volver del exilio*:

Edipo se arrancó los ojos por haber vuelto al lugar del nacimiento en vez de seguir naciendo, aceptando el sacrificio de sentirse cada vez más hundido entre las tinieblas a medida que se ve más y con mayor claridad (*Delirio*, 18).

Para María Zambrano, Edipo es la figura del que no supo consentir con la lucidez cegadora. Edipo no pudo soportar la luz y se condenó para siempre a la oscuridad.

María Zambrano dudó mucho antes de volver de su exilio físico:

¿Volver a España? Es terrible volver al cabo de tanto tiempo... No sé lo que me va a pasar. Yo quiero ir... Hay algo que todavía se resiste... No quiero ir sólo para morir, sólo para eso (*El País*, junio 1981).

Porque para salir del exilio hay que consentir con la lucidez. Bajo el término de *lucidez* puede ser pensada la doble opción de María Zambrano contra el método (contra el camino, contra lo continuo) y contra la espontaneidad (contra lo caprichoso, contra lo errático). Ni el método (perezoso) que mecaniza ni la espontaneidad (frívola) que miente («Hablar espontáneamente es mentir», *Delirio*, 63).

Su elección, orteguianamente, es la precisión, la claridad, la visibilidad, la discontinuidad del destello:

La filosofía despoja a la palabra de su extraño vivir de cuerpo sonoro, reduciéndola al núcleo de lo visible. Así, la filosofía hace entrar a la palabra en el reino de la visibilidad, así la filosofía construye la palabra diáfana como cuerpo de la luz; la claridad (*España*, 177).

Precisión, claridad, visibilidad, caracteres luminosos de la palabra; palabras para ser vistas más que oídas. Imágenes discontinuas más que pruebas constantes. Todas son modalidades de la luz, de lo lúcido; todo se ofrece a la lucidez.

La lucidez de María Zambrano es la que le dicta quizás esa parábola de Aristóteles «en las esferas». Es la parábola del difícil camino de la reconciliación de la filosofía y de la poesía, del pensar y del crear, del concepto y de la belleza: «Los llamados pitagóricos», cuando Aristóteles llegó a las esferas, le entregaron «una lira y unos papeles de música rudimentaria» y lo dejaron solo. Tenía que encontrar «los números de su alma en las cuerdas de su lira», «hacer sonar esos números» pitagóricos de la música.

ca. Aristóteles se puso a practicar pero «tenía los dedos endurecidos para tañer» (*Delirio*, 285).

«Hacer sonar los números» del concepto (como el Sócrates del joven Nietzsche que debía aprender a tocar la flauta), es pensar la figura de la «reconciliación de la filosofía y la poesía». Una reconciliación que se prohíbe pagar el precio de la confusión, de la vaguedad, de la imprecisión que parecen amenazar a todo pensamiento que, como el de María Zambrano, quiera ser pensamiento de los márgenes.

La lucidez es el lugar de la perdida unidad entre filosofía y poesía, una lucidez que María Zambrano reencuentra en el personaje de *Antígona*, figura trágica con la que parece identificarse.

Antígona o la lucidez. Antígona vive «la tragedia más cercana a la filosofía» (*Antígona*, 34) porque narra el sacrificio que permite el nacimiento de la conciencia, el sacrificio de la resistencia a la luz. Gracias al sacrificio de Antígona surge la conciencia que no es sino otro modo de la lucidez.

Una *lucidez*, una búsqueda de luz, que elige libremente la oscuridad del exilio absoluto para no perder la dignidad de seguir diciendo sí a la negación, consintiendo estoicamente con lo que me niega pero sin disolverme en ello («Lo humano es la actualización del no-ser», *Delirio*, 57).

Elegir lo oscuro del *exilio*, cumplir el sacrificio, descender a los abismos para merecer la *lucidez*. Como dice María Zambrano en *La tumba de Antígona* (pág. 20):

Toda víctima de sacrificio... ha de pasar por todo: por los infiernos de la soledad, del delirio, por el fuego, para acabar dando esa luz que sólo en el corazón se enciende, que sólo por el corazón se enciende.

Mariano Peñalver

Referencias bibliográficas

MARÍA ZAMBRANO, *España, sueño y verdad*, Barcelona, EDHASA, 1965. *La tumba de Antígona*, Madrid, Mondadori, 1989. *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1988. *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989.